

Renuencia presidencial

Miguel Ángel Granados Chapa

Para: la Edición del 1 de Diciembre de 1995

~~Para~~ Léase bien: la "e" es de gran importancia en el título de esta columna. Hablo de la renuencia presidencial, no de su dimisión, aunque este último sea un tema que puede ser abordado ahora como una posibilidad por supuesto que no herética ni blasfematoria, y ni siquiera frívola. Hablo de la renueciadel Presidente Zedillo a ejercer sus poderes, que la revista semanal de negocios *Business Week* ve como una de sus dos debilidades. La otra es su lamentable incapacidad para "vender" sus proyectos, es decir para persuadir con ellos. De allí que el título de la nota que dedica a México el semanario (edición internacional, 27 de noviembre, página 29) sea "El obstáculo más grande de México: un líder que no dirige". La expresión resulta ad hoc para iniciar el balance del primer año de la presente administración.

Los partidarios del Presidente Zedillo reclaman como su mérito precisamente el del recorte presidencial, es decir su decisión de ejercer una Presidencia acotada. Y por supuesto que limitar un Poder Ejecutivo que además de ser desmesurado ha sido abusivo, es un objetivo político valioso y plausible. Lo objetable de la decisión de Zedillo, si la hubiera realmente (extremo que discutimos líneas abajo) es su inoportunidad y la dejadez, la negligencia que implica, pues no basta

disminuir las capacidades presidenciales si no se favorece la construcción de poderes alternos, institucionales y legítimos. Y en no contribuir a erigirlos, amén de su propia ausencia, radica una de las mayores imputaciones que se pueden hacer al Presidente al cabo de 365 días de su llegada a Los Pinos.

Se explica el ejercicio tenue de la Presidencia por la biografía de su actual titular y la coyuntura en que llegó a ella. Si bien estudió economía en el Instituto Politécnico Nacional, lo que debió darle una sensibilidad social correspondiente a la idea cardenista al implantar ese establecimiento, Zedillo se convirtió pronto en un tecnócrata. Si en la escuela vocacional deseaba ser cineasta, rápidamente abandonó esa ilusión y la trocó por el análisis económico. Formado en esa disciplina en Yale y en el Banco de México, apenas en 1983 adquirió una responsabilidad ejecutiva, como director del Fidecomiso para la cobertura del riesgo cambiario, Ficorca.

Subsecretario en 1987, su experiencia administrativa de alto nivel se limitó a los cinco años en que fue primero secretario de Programación y Presupuesto y luego de Educación Pública. No se interesó formalmente jamás por la política (aunque su ficha diga que ingresó al PRI en 1971), y si bien figuró en el elenco de los precandidatos priístas en 1993, en diciembre se le redujo a la condición de coordinador de una campaña ajena. Bajo ese cargo formal se escondía, sin embargo, el designio del Presidente Salinas de contar con un candidato suplente, no afectado por la limitación constitucional que obliga a abandonar el gabinete seis

meses antes. Candidato presidencial en marzo siguiente, lo fue por un trágico azar y una voluntad distinta de la suya. Su pálido desempeño en la campaña comprobó su inexperiencia, pero en sus partidarios alentaba la esperanza de que las óptimas condiciones en que iniciaría su mandato le permitirían adquirir el entrenamiento político de que carecía.

Sin embargo, esa creencia se sustentaba en bases falsas. Destruída la ilusión de una economía sólida, tal como la había creado la propaganda salinista, Zedillo se enfrentó inerme a la peor crisis en la historia del México posrevolucionario. Ensamblados de tal modo los diversos elementos de la crisis, el deterioro de unos genera el deterioro de los demás, en una espiral hacia abajo. Cualquier persona hubiera padecido serias dificultades para encarar, desde la Jefatura del Estado, un cúmulo de dificultades como las que se amontonaron a partir de diciembre pasado. Con mayor razón ha ocurrido así al Presidente Zedillo, desprovisto de los talentos precisos para su delicada misión (aunque por supuesto no le falten otros), y aprisionado por su dogma económico y las obligaciones con el extranjero.

En vez de aprovechar la vastedad de los recursos presidenciales para encabezar un gobierno impregnado de un sentido de urgencia, dispuesto a establecer una economía de guerra (pues la planta productiva está devastada como si hubiera México sufrido una, prolongada y crudelísima), el Presidente Zedillo resolvió que lo propio era retirarse, y todo se ha achicado desde entonces. El millón y medio de mexicanos que han

perdido su empleo en este año son el mejor (o el peor) certificado de la impericia gubernamental. Pero no. Si sólo fuera asunto de ineficacia, se podrían encontrar remedios técnicos a esa inhabilidad. El problema es mayor, más hondo, pues implica una definición de las metas dignas de ser alcanzadas en la sociedad mexicana del fin de siglo. Mientras la gente se queda sin trabajo (y sin horizonte), el superávit fiscal resplandece como señal de qué importa al gobierno. O al menos como muestra de una estrategia errada a todas luces y en que el gobierno se empeña, por la triste combinación de un credo fallido y unas constricciones externas en apariencia insalvables.

El Presidente ha olvidado que, si bien ganó la elección de agosto pasado, lo hizo con un programa enteramente distinto del que pone en práctica. O sea que está contrariando el mandato que sus votantes le otorgaron. Y olvida también que casi la mitad de los ciudadanos sufragó por una opción distinta de la suya. Por lo tanto, no puede gobernar a solas, como está haciéndolo. Anteayer mismo, la aprobación de la ley de ingresos por la mayoría priísta (que se pliega a las necesidades del Ejecutivo y derrota con eso las pretensiones de integrar un verdadero poder legislativo) es prueba de esa soledad insolente, de ese aislamiento que ejerce el poder pleno no en bien de la república sino de unos intereses que no son los principales.

Nadie experimentará satisfacción ni contento en este primer aniversario. La renovada oferta de un 1996 mejor no alcanza a suprimir el desasosiego de hoy. **AMM**

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Renuencia presidencial

Al cumplirse el primer año de la administración Zedillo, el millón y medio de mexicanos que perdieron su empleo en los meses recientes son la mayor muestra del fracaso de una política que se basa en el dogmatismo y la atención a intereses que no son los principales.

LÉASE BIEN: LA "E" ES DE GRAN IMPORTANCIA EN el título de esta columna. Hablo de la renuencia presidencial, no de su dimisión, aunque este último sea un tema que puede ser abordado ahora como una posibilidad por supuesto que no herética ni blasfematoria, y ni siquiera frívola. Hablo de la renuencia del presidente Zedillo a ejercer sus poderes, que la revista semanal de negocios *Business Week* ve como una de sus dos debilidades. La otra es su lamentable incapacidad para "vender" sus proyectos, es decir para persuadir con ellos. De allí que el título de la nota que dedica a México el semanario (edición internacional, 27 de noviembre, página 29) sea "El obstáculo más grande de México: un líder que no dirige". La expresión resulta *ad hoc* para iniciar el balance del primer año de la presente administración.

Los partidarios del presidente Zedillo reclaman como su mérito precisamente el del recorte presidencial, es decir su decisión de ejercer una Presidencia acotada. Y por supuesto que limitar un Poder Ejecutivo que además de ser desmesurado ha sido abusivo, es un objetivo político valioso y plausible. Lo objetable de la decisión de Zedillo, si la hubiera realmente (extremo que discutimos líneas abajo) es su inoportunidad y la dejadez, la negligencia que implica, pues no basta disminuir las capacidades presidenciales si no se favorece la construcción de poderes alternos, institucionales y legítimos. Y en no contribuir a erigirlos, amén de su propia ausencia, radica una de las mayores imputaciones que se pueden hacer al Presidente al cabo de 365 días de su llegada a Los Pinos.

Se explica el ejercicio tenue de la Presidencia por la biografía de su actual titular y la coyuntura en que llegó a ella. Si bien estudió economía en el Instituto Politécnico Nacional, lo que debió darle una sensibilidad social correspondiente a la idea cardenista al implantar ese establecimiento, Zedillo se convirtió pronto en un tecnócrata. Si en la escuela vocacional deseaba ser cineasta, rápidamente abandonó esa ilusión y la trocó por el análisis económico. Formado en esa disciplina en Yale y en el Banco de México, apenas en 1983 adquirió una respon-

sabilidad ejecutiva, como director del Fideicomiso para la Cobertura del Riesgo Cambiario, Ficorca.

Subsecretario en 1987, su experiencia administrativa de alto nivel se limitó a los cinco años en que fue primero secretario de Programación y Presupuesto y luego de Educación Pública. No se interesó formalmente jamás por la política (aunque su ficha diga que ingresó al PRI en 1971), y si bien figuró en el elenco de los precandidatos priistas en 1993, en diciembre se le redujo a la condición de coordinador de una campaña ajena. Bajo ese cargo formal se escondía, sin embargo, el designio del presidente Salinas de contar con un candidato suplente, no afectado por la limitación constitucional que obliga a abandonar el gabinete seis meses antes. Candidato presidencial en marzo siguiente, lo fue por un trágico azar y una voluntad distinta de la suya. Su pálido desempeño en la campaña comprobó su inexperiencia, pero en sus partidarios alentaba la esperanza de que las óptimas condiciones en que iniciaría su mandato le permitirían adquirir el entrenamiento político de que carecía.

Sin embargo, esa creencia se sustentaba en bases falsas. Destruída la ilusión de una



Aunque fue precandidato presidencial en 1993, el ahora titular del Ejecutivo, doctor Ernesto Zedillo, llegó al cargo por una combinación del azar trágico y una voluntad política que no era la suya, y sin la preparación necesaria.

economía sólida, tal como la había creado la propaganda salinista, Zedillo se enfrentó inermemente a la peor crisis en la historia del México posrevolucionario. Ensamblados de tal modo los diversos elementos de la crisis, el deterioro de unos genera el deterioro de los demás, en una espiral hacia abajo. Cualquier persona hubiera padecido serias dificultades para encarar, desde la Jefatura del Estado, un cúmulo de dificultades como las que se amontonaron a partir de diciembre pasado. Con mayor razón ha ocurrido así al presidente Zedillo, desprovisto de los talentos precisos para su delicada misión (aunque por supuesto no le falten otros), y aprisionado por su dogma económico y las obligaciones con el extranjero.

En vez de aprovechar la vastedad de los recursos presidenciales para encabezar un gobierno impregnado de un sentido de urgencia, dispuesto a establecer una economía de guerra (pues la planta productiva está devastada como si hubiera México sufrido una, prolongada y crudelísima), el presidente Zedillo resolvió que lo propiamente era retirarse, y todo se ha achicado desde entonces. El millón y medio de mexicanos que han perdido su empleo en este año son el mejor (o el peor) certificado de la impericia gubernamental. Pero no. Si sólo fuera asunto de inepticia, se podrían encontrar remedios técnicos a esa inhabilidad. El problema es mayor, más hondo, pues implica una definición de las metas dignas de ser alcanzadas en la sociedad mexicana del fin de siglo. Mientras la gente se queda sin trabajo (y sin horizonte), el superávit fiscal resplandece como señal de que importa al gobierno. O al menos como muestra de una estrategia errada a todas luces y en que el gobierno se empeña, por la triste combinación de un credo fallido y unas constricciones externas en apariencia insalvables.

El Presidente ha olvidado que, si bien ganó la elección de agosto pasado, lo hizo con un programa enteramente distinto del que pone en práctica. O sea que está contrariando el mandato que sus votantes le otorgaron. Y olvida también que casi la mitad de los ciudadanos sufragó por una opción distinta de la suya. Por lo tanto, no puede gobernar a solas, como está haciéndolo. A teyayer mismo, la aprobación de la ley de ingresos por la mayoría priista (que se pliega a las necesidades del Ejecutivo y derraja con eso las pretensiones de integrar un verdadero Poder Legislativo) es prueba de soledad insolente, de ese aislamiento que ejerce el poder pleno no en bien de la república sino de unos intereses que no son los principales.

Nadie experimentará satisfacción ni contento en este primer aniversario. La renovada oferta de un 1996 mejor no alcanza a primar el desasosiego de hoy.